



Las Vacaciones de Verano

por
ANTONIO INIESTA



Tenemos unas tendencias marcadísimas a salirnos de cauce, no estamos casi nunca en posesión de ese equilibrio espiritual que sitúa todas las cosas en su sitio. Y esa tendencia de acentuado sabor frívolo, cada día está más a merced de esas apatencias de vivirlo todo a una velocidad de vértigo. A lo grande, con una soberbia, rayana en el ridículo por ese desnivel que se produce entre la fiesta, —boda, primeras comuniones, bautizos, etc.— y el que las financia.

Pero a lo que yo me quiero referir porque se merece que le dediquemos unos minutos de nuestro tiempo, es a las vacaciones de verano, porque las otras, las de Semana Santa, por imperativos del tiempo no sufren ese “desmadre”, y al que nos vamos a referir más adelante.

En el “modus vivendi” de los seres humanos se ha operado un gran cambio, tanto en ciudades como en pueblos más o menos habitados, ya que la televisión se mete en todos los hogares y nos enseña las mismas cochinas.

Esta ola tremenda que nos arrastra hacia acantilados, donde la moral no tiene nada que hacer, pues pasamos de todo como en un movimiento circense, metidos de lleno en ese concepto del “europeísmo” y que tanto daño está haciendo a la salud espiritual de las ciudades, grandes y pequeñas, en esta ola, digo, que ha abierto las puertas a la “libertad” en todos los terrenos, en esta ola, repito, estamos naufragando todos en las mismas aguas.

Si echamos un vistazo al pasado, ese pasado que está de nosotros a cincuenta o sesenta

años luz y se compara con lo que se hace ahora en las vacaciones de verano, vemos una diferencia que no para y que puede acabar en una catarsis espiritual.

Yo recuerdo que cuando era joven, que oía decir que Fulano y su familia estaban veraneando en Venta de Cárdenas, una villa a caballo entre las provincias de Jaén y Ciudad Real. Eran señores pudientes de aquella época, pero a los que yo envidiaba, (y otros muchos conmigo) y a los que elevaba al Olimpo de los Dioses. Cárdenas, nada menos que Cárdenas, me decía. Después con el tiempo he comprobado que no era para tanto, que mi admiración y mi envidia carecían de base. Lo que hacían era cambiar de aires, perdiendo comodidad en el cambio.

Por aquellas décadas, Santander y San Sebastián ya estaban inventados y allí se iba toda la crema de la nobleza y otros que no tenían tanto lustre, porque allí veraneaban los reyes. La gente se bañaba con aquellos bañadores de rayas horizontales, de una sola pieza, que se los ponían en unas casetas preparadas para tal fin. Todavía las costumbres estaban sujetas, no sé si porque era el lugar de recreo de los Monarcas, o porque la gente aún no se atrevía a recortar el traje de baño.

Aquello fue perdiendo “valor”, los bañistas, —sobre todo ellas— descubrieron el sol y se dijeron que lo bonito de las playas era volver a casa tostadas como un grano de café para envidia de aquellas que no iba a aquellos paraísos húmedos y sobre todo nublados.

A medida que las playas del

norte fueron perdiendo vigencia, —allí no había manera de ponerse morenas—, alguien muy avisado, dijo en un arrebato de sorpresa: pero si España es todo costa, —menos esas leguas de tierra que nos unen al continente. Kilómetros y kilómetros de playas, hermosísimas, de arenas calientes y acariciantes. Y aquello que era para los que habían nacido por aquellas latitudes, empezó a llenarse de bañistas, capitaneados por las extranjeras, que empezaron a enseñar todo lo que les daba la gana.

Un día una sueca enseñó un trocito de su anatomía, pero al día siguiente una española, (o quizá varias) mostraron al mundo lo que no se había atrevido la sueca. Salieron a luchas contra las olas a pecho descubierto. Y hubo un revuelo de voces que fueron a estrellarse contra aquel muro de ojos asombrados. Dicen las crónicas de la época, que no hubo heridos.

Si yo no tratara este tema con cierta ironía me pondría a llorar. Siempre he sido bastante bien pensado, siempre le doy a los amigos y a los enemigos —que alguno tendré por ahí oculto entre el musgo— una bondad que en el mejor de los casos no iba con su personalidad, porque la bondad para ciertos sujetos es un traje que les queda estrecho.

Cuando en Benidorm me encontré con el primer “top less” —era extranjera— una bocanada de amargura me subió a la boca y me pasé el resto de la mañana pensando cómo era posible que una mujer hiciera eso, que dicho con cierta chispa, me recordaba el chiste del pimienta frito.

Todo este panorama que des-